



Plano de la región comprendida entre Belchite y Tortosa, y en la que el Ejército republicano resiste heroicamente a la ofensiva llevada a efecto por los rebeldes, poderosamente auxiliados por importantes fuerzas de infantería, de artillería y de aviación italianas y alemanas.



Entrada a una de las formidables arterias de las líneas subterráneas del «Metro» que, durante quince horas y media de tráfico diario, aseguran a gran parte de la población madrileña una comunicación cómoda y rápida entre los puntos extremos de la capital. (Fot. Vide)

UNA ojeada hacia los muchachos del Metro, sostenedores del tráfico de viajeros a través del subsuelo de Madrid, ofrece una curiosa novedad en todo momento. Y aun más en el de ahora. Porque en él culmina la despierta voluntad de quienes se acoyuden del compromiso hecho a la urbe de mantener vivos y ágiles los brazos de la frecuente comunicación. No importa si es a expensas de penosas jornadas, en las cuales el desgaste humano no se ha llegado a

Para la ciudad de extendida magnitud, esa vitalísima vía compone y atavía su propia fisonomía, mejorándola de recursos circulatorios y dotándola de medios instantáneos para acortar las distancias y moverse con desembarazo y soltura.

¿Pensasteis acaso en la quimérica superchería de un Madrid sin Metro? ¿Os disteis cabal razón del valor de la absurda hipótesis? Sólo una injuria de impotencia endilgaría tamaña ofensa de despojo de la comunicación más simpática, breve y caminante de cuantas goza.

Pero como todo está estudiado y previsto, Madrid no sentirá jamás la amenaza, ni caerá en ese desamparo. La labor de estos muchachos justifica nuestra confianza. Un exceso de renunciaciones personales, en aras del bien colectivo, ilumina la seguridad.

Tráfico de viajeros.

Medio Madrid se comunica a diario por esas formidables arterias de las líneas subterráneas que circulan por el amplio contorno de la red en las quince horas y media de tráfico abierto en las estaciones de las cuatro líneas explotadas.

Trenes entre Tetuán-Vallecas y entre Ventas-Cuatro Caminos, con una frecuencia de tres minutos de tren a tren por estación, recogen ese torrente circulatorio, en composiciones de cuatro coches, con un arrastre de centenares de viajeros por cada uno.

Esta es la mejor maravilla de un servicio prestado sin interrupción, con fijeza regularidad, salvo lo fortuito, jamás imputable a los hombres. Habla del grado de calidad de quienes saben llenar todos los resortes de la inteligencia; unos, dirigiendo y ordenando; otros, interpretando y secundando, con insuperables afanes de acertar y cumplir bien.

Contemplamos cómo se desarrolla la industria y cómo marchan en el endentado cuantos fundamentos dan a la acción movimiento. Y para mejor destacar y conocer la actuación de los camaradas, acudimos a ellos, escuchando revelaciones sorprendentes, ocupados de satisfacción al ver su tarea encomendada en pleno rendimiento.

Días malos de penurias y déficits.

—Cuando nos hicimos cargo de los servicios—nos declara el camarada—eran instantes de grandes anomalías. Tanto el régimen interior como el exterior se debatían en alteraciones irrefrenables. Nos encontramos una deuda de cuatro millones de pesetas. Se

incrementó en jornadas posteriores con los estajeros, para desdicha, de la perforación. El asalto, como refugio de la población, de las estaciones, suspendiéndose las circulaciones. En fin, días muy duros. En Diciembre de aquel año, el déficit ascendió a los cinco millones.

El camarada se detiene, reflexiona, y acuden a su memoria aquellos días desesperados de penurias, de defeciones, de inconsciencias e irresponsabilidades, de falta vertical de la producción. Nominó la cantidad de corazón y de entendimiento para conjurar los peligros, para reprimir el déficit, para lograr la nivelación presupuestaria.

Se liberan cinco millones de pesetas en deudas.

Una política de disciplina, de recta ordenación, se abrió paso para hacer frente. Lo conseguimos, no lo niego. Estoy satisfecho. Tuvimos asistencia; innegablemente felices. Se supo comprender y secundar. La conjunción de todos los esfuerzos se concretó en un resultado superior a nuestros cálculos. Ganamos la batalla. La era de dificultades se desvaneció. Nuestro impulso se impulsó. Los primeros síntomas de aquella gestión lo acusaban las cifras. En el mes de Enero de 1937, quince meses ahora, se normalizó la situación. De los trescientos mil viajeros diarios se elevó el transporte a los quinientos mil. Un aumento de doscientos mil. Este saneamiento del tráfico nos confortaba en el futuro halagüeño. Las deudas las fuimos librando en directa relación con nuestra mejora económica. Ya en Julio del mismo año quedaron cancelados los cinco millones y saldada la cuenta de acreedores.

No será preciso poner el comentario a esa labor. Los números hablan mejor. Ellos revelan hasta dónde ha sido posible cimentar esa magnífica obra, inútil para elogiarse, por cuanto el juicio más feliz salta con el resultado expuesto.

Mejoras de índole económica para el personal.

—Aparte de esos resultados—continúa nuestro interlocutor—, contribuimos con millón y medio de pesetas en donativos a entidades oficiales y particulares. Últimamente aportamos trescientas mil pesetas para compra de ropas y calzado a la Brigada Mixta número 2, cuyos cargos de mando están en nuestros hombres. Esta brigada, como se recordará, se batió heroicamente en la toma de Villanueva del Pardillo, cubriéndose de gloria.

Otro desembolso de cuantía fue el de trabajos no ejecutados. Las obras de las líneas Sol-Argüelles tenían empleados a dos mil obreros. Cuatro meses sin satisfacerles los jornales, y nuestra industria hubo de abonar ochocientos mil pesetas, salvando a aquel personal de la tragedia en sus hogares, huérfanos del auxilio del trabajo.

En otro orden, hemos mejorado las condiciones de empleados y obreros del Metro. Fijamos en Marzo el sueldo mínimo de 390 pesetas para los hombres y 360 para las mujeres. Concedimos las vacaciones retribuidas, y entre éstas y el pago de diez y siete meses de jornales a los doscientos representantes de Octubre, vueltas al trabajo, satisfacimos un millón doscientas mil pesetas.

Una superalimentación para el personal.

—Seguimos ahora—prosigue—una gestión para allegar elementos de subsistencia. Un personal agotado en las rudas jornadas de trabajo necesita una superalimentación. Y a ello vamos y en ello estamos preocupados. En cuanto a las familias evacuadas de nuestros obreros, les socorrimos con una paga extraordinaria y asistencia gratuita de médico y farmacia en la residencia fijada. A los movilizados se les abona la diferencia de sueldo. Tenemos trescientos. Si alguno muere en el frente, se le da plaza a los familiares en la industria. Si es en Madrid el fallecimiento, pensión de diez pesetas diarias.

Establecimos las jubilaciones, voluntaria a los sesenta años y forzosa a los sesenta y cinco. Se abona el 65, 75 y 85 por 100 sobre el sueldo disfrutado a los diez, quince y veinte años de servicios, respectivamente. En caso de defunción, se raliza un sistema consistente en el pago, por una sola vez, del 10 por 100 del sueldo anual, multiplicado por el número de años de servicios. Como el término medio de sueldos es el de 6.000 pesetas, los familiares, a los quince años, pueden recoger una suma de 9.000 pesetas.

Ya han salido para Barcelona los compañeros que van a entregar al ministro de Defensa Nacional medio millón de pesetas para gastos de guerra. Como el Comité de Control está formado, por partes iguales, de U. G. T. y C. N. T., camaradas de ambas organizaciones integran la Comisión expedicionaria, expresando, de paso, nuestra perfecta identificación y amistad en cuantos asuntos intervinimos los camaradas de una y otra Sindical.

Los servicios marchan con toda regularidad. No podemos obtener mejor aprovechamiento de todos. En talleres está la base de nuestra seguridad. Un personal técnico competentísimo. Basta saber: Las averías se han reducido en un 30 por 100. Somos previsores, y disponemos de material y elementos para garantizar el servicio durante un año. Comisionados nuestros están ya en Barcelona al tanto de cuanto nos pueda ser útil, para traerlo.

Como podrá juzgar el lector, hay materia de mérito en cuanto nos acaban de expresar los muchachos del Metro. Ahora es cuando debe saberse comprender el valor de las actuaciones calladas, cuando la euforia de la satisfacción alumbra y deja el ánimo invadido de un sabor de bien cumplir.

CLAUDIO OCTAVIO

crónica



Aspectos de Viena. Arriba, a la izquierda: El famoso Café Siller, que era lugar de reunión para artistas y literatos. A la derecha: Las luces de Viena, reflejadas en el Danubio.—Abajo: La plaza de San Carlos y la iglesia del mismo nombre.

Las democracias del mundo ante el aldabonazo de Viena.

Y así, la «Gran Alemania», el sueño acariciado por el imperialismo germánico, secretamente antes de 1914, y sin recato alguno después de 1918, es ya realidad merced a un golpe de audacia. De audacia relativa, puesto que la invasión de Austria por las tropas alemanas sólo ha podido llevarse a efecto con la seguridad—adquirida, de una parte, mediante previos acuerdos, y en otros sectores, en virtud de tanteos, de sondeos y de cálculo de probabilidades—de que el «hecho consumado» no implicaría, por ahora al menos, el peligro de una conflagración internacional.

A veinte años de distancia, percibimos ahora los nefastos resultados de aquel cúmulo de errores que fueron el Tratado de Versalles, en primer término, y los demás Tratados que en segundo lugar le sirvieron de complemento para la pretendida liquidación definitiva de la Gran Guerra.

La equivocación fundamental de los hombres que dirigieron o inspiraron aquella liquidación—utopistas como Wilson o ciegos revanchistas como Poincaré y Clemenceau—fue el hacer pagar a los pueblos vencidos, que habían sufrido todos los tremendos sacrificios impuestos por la guerra, las terribles consecuencias de la política de sus gobernantes y de la ambición inhumana de aquella siniestra legión de financieros que operaba en todos los países beligerantes, y tenía ramificaciones en el mundo entero, para convertir en pirámides de oro, y en beneficio propio y exclusivo, las pirámides de cadáveres que durante el curso de las batallas se alzaban a uno y otro lado de las trincheras.

Un viaje por Alemania en 1922; una visita a las provincias rhenanas que sufrían, y habían de sufrir du-

rante quince años, las onerosas vejaciones de la ocupación militar aliada; una excursión hasta los límites de Silesia cuando en provecho de Polonia esta región era absurdamente desmembrada con fronteras que—al separar, por ejemplo, las grandes fundiciones de las minas de carbón que las abastecían—causaban la ruina de la industria, hacían comprender la imposibilidad de una paz duradera, de una cordial reconciliación entre los combatientes de la víspera. A ningún gran responsable de la hecatombe, desde Guillermo II hasta el último agiotista, pasando por la serie de mariscales, de generales, de fabricantes y de banqueros, se había visto imponer, personalmente, sanción alguna. La cuenta de la guerra que ellos habían hecho para satisfacción de su vanidad o de su concupiscencia; la cuenta de la guerra que ellos habían hecho forzando al pueblo a servirles de carne de cañón y empujándole hacia los campos de batalla con las puntas de las bayonetas, esa cuenta no la pagaban ellos: la pagaba el pueblo, desangrado, miserable y exhausto.

En tales condiciones, mal podía el pueblo alemán admitir que la victoria había sido de la Libertad, de la Justicia y del Derecho. En lugar de sembrar afectos y gratitudes, se sembraban dolores y odios. Al correr de estos últimos veinte años se ha ido recogiendo el fruto amargo de aquella siembra. Y el nazismo se ha hecho dueño de Alemania, y ha roto los Tratados, y alza, frente a los vencedores de ayer, una fuerza que hoy les intimida hasta el punto de hacerles contemplar pasivamente la realización del sueño germánico-imperialista: la ocupación del territorio austríaco por el Ejército alemán, y la anexión de Austria a Alemania.

En el reloj del Destino ha sonado la hora decisiva para las democracias. El dilema shakespeariano es el suyo en el momento presente: ser, o no ser.

En el centro europeo, Alemania, Austria e Italia constituyen un bloque totalitario, al que el Japón se suma en el Extremo Oriente. Este bloque, poderosamente armado y perfectamente decidido a jugarse todas las cartas y a afrontar todos los conflictos, no se contenta con regirse a su manera; quiere imponer esa manera fuera de sus territorios, como ocurre en España y como ocurre en China. Ante esa acción directa, ante guerras de invasión como las que padecen estos dos países, las grandes democracias de Europa y de América permanecen a la expectativa, rehuendo el choque y evitando otra conflagración mundial mucho más espantosa que la de 1914-1918. Quizá, de este modo, se salven millones de hombres. Pero quizá se pierdan las libertades ganadas, al correr de siglos, en luchas que han costado sacrificios mucho mayores.

He aquí para las democracias el pavoroso dilema del momento: defenderse para seguir existiendo, o no defenderse y desaparecer, dejando ir a la Humanidad hacia otro destino.

Porque si a los errores y a las utopías de ayer se suman ahora pasividades suicidas, habría que temer que lo que en tal caso iría camino de acabar, ha terminado ya, en realidad.



El que fué canciller, Schuschnigg, hablando ante el micrófono. (Fots. Archivo P. G.)

crónica